

**Pablo de Paz Américo,
Ignacio Sanz Extremeño (eds.)**

Eulogía
Estudios sobre cristianismo primitivo
Homenaje a Mercedes López Salvá

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R

1ª edición, 2018

© Los autores de sus respectivos trabajos

© Escolar y Mayo Editores S.L.
Avda. Ntra. Sra. de Fátima 38, 5ºB
28047 Madrid
info@guillermoescolareditor.com
www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 978-84-17134-59-4

Depósito legal: M-31056-2018

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Análisis y crítica

**Pablo de Paz Américo,
Ignacio Sanz Extremeño (eds.)**

Eulogía

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R



Presentación

El presente volumen, *Eulogía. Estudios sobre cristianismo primitivo. Homenaje a Mercedes López Salvá*, reúne un amplio número de artículos que, desde disciplinas diversas como la Filología Clásica, la Filosofía, la Historia del Arte, la Arqueología o la Fenomenología de la Religión, se acercan a distintos aspectos de los orígenes de la religión cristiana. El grueso de los estudios que presentamos aquí surge de un ciclo de conferencias que desde hace varios años viene celebrándose en la Universidad Complutense de Madrid, bajo el título *Los orígenes del cristianismo en la literatura, el arte y la filosofía* con creciente éxito. Dicho éxito es mérito indiscutible de la profesora Mercedes López Salvá, la directora y principal impulsora de los ciclos de conferencias. Por ello, y coincidiendo con su jubilación, los editores hemos querido que el volumen sirva a la vez como homenaje y reconocimiento a toda su carrera académica y labor docente, además de estar planteado como un modo de continuar su trabajo de difusión y publicación de los estudios sobre cristianismo primitivo en un libro más que se añade a los ya publicados bajo su dirección.

Su formación académica delata la enorme curiosidad científica que ha caracterizado toda su carrera y que se refleja ya en su amplia y diversa formación, ya que es licenciada en Filología Clásica –por la que obtuvo el Premio Extraordinario de Licenciatura–, Filología Bíblica Trilingüe, ambas por la Universidad Complutense de Madrid, y Filosofía por la Universidad Autónoma de Barcelona. Culminó sus estudios con la lectura de su tesis doctoral, titulada *Estudio de la incubatio cristiana en la primitiva iglesia oriental (excepto en Menuthi) a través de las colecciones griegas de milagros*, en el año 1975, bajo la dirección de Don Luis Gil Fernández, por la que recibió el Premio Extraordinario de Doctorado. Como era habitual en aquella época, simultaneó su actividad investigadora con la labor docente encomendada por su director de tesis. Posteriormente continuó como profesora universitaria en las universidades Complutense de Madrid y Autónoma de Barcelona y como catedrática de Instituto en Barcelona. Tras su paso por la Enseñanza Media regresó a la Enseñanza Universitaria en el año 1984, después de ganar una plaza de Profesora Titular en la Universidad Complutense de Madrid. Finalmente obtendría una Cátedra de

Filología Griega en el año 2007, también en la Universidad Complutense de Madrid, en donde permanece hasta hoy en día.

Sus ámbitos de investigación científica son muy variados. Podemos destacar, dentro del campo de la medicina griega, sus trabajos sobre el *Corpus Hipocraticum* y Galeno. También son importantes sus aportes al estudio de la religión de época imperial, donde sus trabajos sobre Isis y Serapis son obras de referencia. Forma parte de la Sociedad Española de Plutarquistas y hay que destacar que gran parte de la obra de Plutarco en la Editorial Gredos ha sido traducida por ella. No hay que olvidar su dedicación a los estudios de género, con la publicación de diversos artículos sobre las mujeres en la Antigüedad. Pero sin duda, sus mayores aportaciones científicas se han dado en el campo de la religión cristiana primitiva. Ha traducido diversos textos de la literatura cristiana, destacando su colaboración en la traducción al español de la Septuaginta. Ha estudiado las relaciones entre la tradición clásica y el cristianismo de los primeros siglos. Destacan sus contribuciones la investigación de la Iglesia oriental: entre ellas, conviene resaltar diversos estudios y traducciones de las obras de los Padres de la Iglesia, con especial atención a los Padres Capadocios; asimismo son muy notorias sus contribuciones al estudio de las tradiciones marginales del cristianismo, como el gnosticismo y el maniqueísmo.

Pero Mercedes López Salvá no es solo una de las mejores investigadoras nacionales del cristianismo de los primeros siglos, sino que también ha sabido transmitir esa pasión a sus alumnos. Es ella la principal responsable del aumento del interés en los últimos tiempos por estos estudios en la Universidad Complutense. Uno de sus mayores logros en este sentido ha sido el rescate y el impulso dado a la asignatura «Literatura Griega Cristiana Primitiva», dentro del Grado en Filología Clásica. Fruto del interés y la pasión por esta materia que despertó en los alumnos nació el primer seminario en torno a los orígenes del cristianismo, que cristalizó en la instauración del ciclo de conferencias, que ha dado lugar a este libro. Estos ciclos aúnan las dos cualidades principales de la proyección académica de la profesora López Salvá: su rigor investigador y su generosa dedicación docente, ya que la originalidad y, al mismo tiempo, el principal valor de estas conferencias es el reunir a figuras consagradas en el estudio del cristianismo junto a investigadores noveles, a los que estos ciclos les sirven de iniciación, brindándoles una primera oportunidad de exponer y publicar los resultados de su investigación. Habiendo sido los editores de este libro dos de los primeros beneficiarios de esa generosidad y ese impulso, no podíamos dejar pasar la oportunidad de devolver una pequeñísima parte

PRESENTACIÓN

de lo recibido ofreciéndole este conjunto de artículos a modo de agradecimiento.

Este volumen no hubiera sido posible sin la generosa colaboración económica del Instituto Universitario de Ciencias de las Religiones de la UCM, a cuyo Director, Fernando Amérigo y Secretario, Enrique Santos, queremos expresar nuestro más efusivo agradecimiento.

Madrid, julio de 2018

Los editores, Pablo de Paz Amérigo e Ignacio Sanz Extremeño

PRIMERA PARTE

LITERATURA

El simbolismo de los números en la plegaria y en la exégesis entre judíos y cristianos

SILVIA ACERBI

Universidad de Cantabria

Mi punto de partida lo constituye una afirmación de Ramón Teja en un artículo reciente: tras recordar que las siete horas canónicas derivan de la interpretación del conocido pasaje del Salmo 184.164 –«siete veces al día te alabé»–, alude a la importancia del número siete en cuanto «sagrado y misterioso», según una aseveración de san Jerónimo (*In Amos* 2.5), y concluye afirmando que «el argumento requiere un estudio apasionante que aquí no podemos llevar a cabo»¹. La reflexión de mi maestro me ha animado, no a acometer un estudio exhaustivo –tarea que resultaría inabarcable– sino una rápida cala en este apasionante tema del simbolismo numérico en la oración de los monjes del Oriente cristiano y en otras manifestaciones religiosas con ella relacionadas.

Es bien conocida la importancia que el simbolismo de los números tuvo en muchos pueblos del Mediterráneo en la Antigüedad y, especialmente, entre los hebreos². Las mencionadas especulaciones de Jerónimo adquieren un valor especial si tenemos en cuenta que para los judíos casi ninguna cifra estaba exenta de un valor simbólico³. Los cristianos lo hi-

¹ Teja 2015, 92.

² Chabrol 1936, 1465-1469; Hellgardt 1984, 947-957; Suntrup 1984, 321-346; Hopper 1995; Testa 1981; Crump 1990; Guénon 1975; 2007.

³ Sobre simbolismo numérico en el mundo judaico: De Lubac 1972, 1003-1004. En 59 densas páginas el autor sintetiza eficazmente el uso simbólico de los números que los padres medievales mutuaron de los Semitas, de los Griegos y de las Sagradas Escrituras: «Il simbolismo dei numeri non è estraneo al Vecchio Testamento. Che si pensi per esempio all'età dei Patriarchi, ai trecentodiciotto servitori di Abramo o ai quattrocento ott'anni computati dall'uscita dall'Egitto alla costruzione del Tempio... Lo si trova pure nella prima pagina dei Vangeli, in quel «numerus quatuordecim triplicatus» della genealogia del Cristo in S. Matteo... Infatti avevano trovato conferma delle dottrine classiche nell'uso che la Scrittura sembrava facesse – e in più d'un caso realmente faceva – ...dei numeri» (*ibid.* 1007-1009). Véanse también

cieron suyo, no sin algunas oposiciones y críticas. A pesar de esto, dejó profundas huellas tanto en la exégesis escriturística como en numerosas prácticas litúrgicas de la nueva religión. Hasta qué punto esta se apropió de tales significados aplicandolos a la reiteración de la oración lo refleja bien el caso de Alejandro el Acemeta, que en el siglo v implantó la doxología ininterrumpida durante las veinticuatro horas del día⁴, y al que también se ha querido considerar, según el testimonio de su biógrafo, como el iniciador de las siete horas canónicas:

Et primum in regula sanctae institutionis, ritum Apostolicum suscipit, statuitque Tertiam, Sextam, Nonam et simul Nocturnum. Deinde vero expendit, quid Deum rogaturus esset, et reperit ubique septimum numerum praedicari, quemadmodum dicitur: Septies in die laudem dixi tibi; et illud statuit exsequi: quod et perfecit, septies interdiu, ac noctu septies concipiens preces⁵.

Sin entrar aquí a describir el complejo sistema de plegarias continuas exigidas a sus monjes, me limitaré a recordar que en el primer monasterio fundado en Siria, a orillas del río Eúfrates, Alejandro reunió a cuatrocientos hermanos de cuatro etnias y lenguas diferentes –sirios, griegos, latinos y egipcios– con los que formó ocho coros. También por ello se consideró a sí mismo un nuevo Jacob y, en su afán de establecer similitudes con el patriarca bíblico, llegó a diseñar un simbolismo de las cuatro lenguas con las cuatro esposas de Jacob (Lía, Raquel, Bala y Zelfa), al tiempo que metafóricamente se gloriaba de los hijos espirituales que le habían sido proporcionados:

Ille pastor erat ratione carentium ovium, ego rationalium fieri cupio: ille post septimum annum a Laban legitimam mercedem accipere poposcit; ego post annos septem a Domino meo gratiam consequar: ille viginti per annos homini servivit, quattuor sibi uxores comparabit, es iisque prolem suscepit; ego annis viginti

Avril - Lenhardt 1989, 86-87; Meyer 1972, 211-231; De Fraine - Grelot 1971, 776-781; Quacquarelli 1983, 235-249.

⁴ 1Ts.5.17: «Rezad sin cesar»: la exortación de S. Pablo fue interpretada por los monjes en el sentido literal de una oración veinticuatro horas sobre veinticuatro. Cfr. Bianchi 1976; Bouyer 1965; Calati 1959, 1134-1151; 1959, 3-48. A propósito del rezo ininterrumpido entre los acemetas *vid.* el clásico Marin, 1897.

⁵ *Vie d'Alexandre l'Acémète* (Texte grec et traduction latine), ed. E. de Stop, *Patrologia Orientalis* t. 6, fasc. 5. 2010, 28.

*Domino meo serviens, quattuor diversarum linguarum choros illi cogregavi: ille frarem metuens, octo gregibus ordinatis eique obviam missis, vitam servavit; ego per octo choros Deo himnos concinentium, salutem suspicio: ille duodecim filios carnales habuit; ego duodecim ex Scripturis lectiones*⁶.

Una atenta lectura de la rica literatura hagiográfica oriental transmite la impresión de que, obsesionados por la búsqueda de un significado oculto, muchos monjes atribuyeron más importancia al número que a la calidad de su plegaria. Un caso paradigmático es el que recuerda Paladio de Helenópolis del egipcio Pablo cuya ascesis, dice, consistía en «orar continuamente». Pero no se entregaba, como otros, a la contemplación, sino que «recitaba trescientas plegarias preestablecidas» y, para contarlas, recogía previamente en su regazo otras tantas piedrecillas y las iba arrojando por cada rezo⁷. En cierta ocasión expresó a un anciano la angustia en que se había sumido cuando oyó decir que en una aldea próxima vivía una virgen que solo comía los sábados y domingos y así «logra recitar setecientas plegarias al día, mientras que yo, me desespero a mí mismo porque no logro superar las trescientas». La respuesta del anciano fue muy sensata: le replicó que no era tan importante el número como la disposición del espíritu: «Yo, desde hace sesenta años recito las cien plegarias establecidas... Si tú, recitando trescientas, te sientes condenado en tu conciencia, es evidente que no oras con corazón puro, o que eres capaz de orar aún más de lo que

⁶ *Ibid.*, 26. A propósito del cuatro, Ireneo, obispo de Lión, fue uno de los primeros padres latinos que en torno a 177-190 intentó fijar un «canon» que llegará a constituir el Nuevo Testamento. Suyas son estas palabras justificativas de la elección de solo cuatro evangelios entre los muchos que se conocían: «No es posible que los Evangelios puedan ser más o menos en número de los que son. Puesto que son cuatro las zonas del mundo en que vivimos, y cuatro son también los vientos principales, mientras que la Iglesia se ha extendido a lo largo del mundo, y puesto que “la columna y el fundamento” de la Iglesia es el Evangelio y el espíritu de vida, es apropiado que tenga cuatro pilares, que respiren incorrupción por todos los lados y vivifiquen con aire nuevo a los seres humanos». *Contra las herejías*, 3.11.8.

⁷ Todavía hoy en el monacato copto se practica la recitación de 300 plegarias, más precisamente de 303 oraciones fonológicas que se recitan con una cruz o una cuerda en la mano repitiendo cada día una sola invocación muchas veces. Los padres del desierto de Egipto pronunciaban invocaciones breves que san Agustín definirá «jaculatorias» (de *iaculum*: flecha) utilizando versículos de las Sagradas Escrituras –normalmente de los Salmos– u oraciones espontáneas en las que siempre se mencionaba el nombre de Jesús.

haces»⁸. La desazón del monje egipcio por no lograr superar las trescientas oraciones recuerda la angustia experimentada por el joven Teodoro de Sykeon cuando se propuso memorizar todo el salterio y solo logró llegar al decimoséptimo salmo, aunque después, por un especial favor divino, «en pocos días lo aprendió entero»⁹. La importancia atribuida a las reiteraciones se refleja también en un relato de Teodoreto de Ciro sobre el número de inclinaciones o postraciones que hacía Simeón Estilita cuando se disponía a orar. Recuerda Teodoreto que constituía un verdadero espectáculo contemplar a Simeón en lo alto de su columna pues «unas veces está largo tiempo de pie, otras se inclina repetidamente ofreciendo a Dios sus postaciones y muchas de las personas que estaban presentes solían contarlas». Y añade: «En una ocasión, uno de los que me acompañaban, después de haber contado mil doscientas cuarenta y cuatro, se distrajo y desistió de seguir contando. Cada vez que se inclina agacha la frente hasta casi tocar con ella la punta de los pies»¹⁰. La obsesión por el número de postraciones acompañando a las plegarias debía de ser algo frecuente, pues también se nos dice del monje egipcio Shenute que «oraba doce veces al día haciendo cada vez doce postraciones»¹¹.

Ya en los ejemplos ofrecidos aparece atestiguado cómo el número de salmos recitados revestía un especial significado para estos hombres santos que, como todos los antiguos habitantes de la cuenca mediterránea, creían que más allá de un valor puramente cuantitativo las cifras encerraban un significado místico y simbólico. Era el caso del número doce muy presente en el Antiguo y el Nuevo Testamento y al que se atenía Shenute en su praxis salmódica. Cuando Pablo el Simple se acercó a Antonio solicitándole hacerse monje, este se puso en pie, y «entonó un salmo que conocía y lo cantó doce veces y después recitó por otras doce veces una plegaria, para probar a Pablo que se le unió con celo y... una vez recitadas las doce plegarias, se sentaron a comer». Después de haber comido, «Antonio se levantó y recitó doce plegarias y doce salmos» y le dijo: «Duerme una parte del primer sueño y levántate a medianoche para salmodiar hasta el amanecer»¹². En la denominada *Regla del Ángel*, Pacomio prescribe «re-

⁸ Paladio, *Historia Lausiaca*, en Bartelink 1990, 20.

⁹ *Vie de Théodore de Sykéon*, en Festugière 1970, 13.

¹⁰ Teodoreto, *Historia de los monjes de Siria*, en Teja 2008, 26, 22.

¹¹ *Vite dei monaci copti*, traducción de T. Orlandi – A. Campagnano, Roma, Città Nuova Editrice, 1984, 45.

¹² Paladio, *Historia Lausiaca*, 22.6-8.

citar durante el día doce plegarias, doce durante el oficio vespertino, doce en el nocturno y tres a la hora nona». Como Pacomio objetase al ángel inspirador de la Regla que se trataba de un número muy modesto, este le respondió: «He fijado esta norma para lograr que también los mediocres puedan cumplir la Regla sin sufrir. El que ha alcanzado la perfección no tiene necesidad de normas pues, solo consigo mismo, en su propia celda, dedica toda su vida a la contemplación»¹³. Como ya he recordado, las siete horas canónicas aún conservadas en los oficios monásticos se inspiran en el Salmo 118,164: «Siete horas al día te alabé».

Si son sabidas las cargas simbólicas del siete, del doce y de otros muchos números, en algunos casos se constatan coincidencias que no pueden ser aleatorias, sino que tienen que obedecer a razones que se nos escapan. En la fundación monástica de Julián Sabas –cuenta Teodoreto de Ciro– los monjes se adentraban en el desierto todos los días y se dividían de dos en dos alternándose en el canto de quince salmos cada uno:

Al amanecer se adentraban en el desierto en grupos de dos a dos: mientras uno doblaba sus rodillas para ofrecer a Dios la adoración debida, el otro, de pie, cantaba quince salmos de David. Después, cambiando sus papeles, el primero cantaba de pie y el otro adoraba a Dios postrado en tierra¹⁴.

No debe de ser casual que en la *Historia Lausiaca* se nos hable de un monje egipcio que, caminando a Escete, «recitó de memoria quince salmos, y después el gran salmo, y a continuación la epístola a los Hebreos, y además Isaías y una parte de Jeremías, y finalmente al evangelista Lucas y los Proverbios»¹⁵. Este listado recuerda la información que se nos facilita acerca del monje Aphu, nombrado obispo por Teófilo de Alejandría: no consagraba a ningún diácono si antes no «había aprendido de memoria veinticinco salmos, dos epístolas de san Pablo y uno de los Evangelios. Y si se trataba de un presbítero, también una parte del Deuteronomio y, una parte de los Proverbios y otra parte de Isaías»¹⁶. En la misma *Historia Lausiaca* se nos habla de Macario el egipcio que, para esconderse de las visitas, excavó una galería de medio estadio de larga desde su celda hasta una cue-

¹³ Paladio, *Historia Lausiaca*, 32.6-7; la noticia es recogida en otras muchas fuentes y en especial en el libro II de las *Institutiones* de Juan Casiano.

¹⁴ Teodoreto, *Historia de los monjes de Siria* 2.5.

¹⁵ Paladio, *Historia Lausiaca*, 26.3. El denominado «gran salmo» es el 118.

¹⁶ *Vite dei monaci Copti*, Vita di Aphu, 2, p. 65.

va próxima y siempre que tenía que recorrerla lo hacía recitando veinticuatro plegarias a la ida y otras tantas a la vuelta¹⁷. Sin duda tanto los quince salmos en un caso, como –en menor medida– las veinticuatro plegarias en el otro escondían algún valor simbólico que desconocemos. Del monje Evagrio, escritor de tratados de espiritualidad monástica, se cuenta que, cuando vivía en el desierto de Egipto, en las Celdas, recitaba «cien plegarias cada día»¹⁸. Sin embargo, del también monje en Egipto, Moisés, se nos dice que solo comía doce onzas de pan seco y, mientras comía, realizaba una gran cantidad de trabajo y «recitaba cincuenta plegarias»¹⁹.

De las noticias recogidas se deduce que los anacoretas egipcios tenían la costumbre de fijarse un «canon» de preces como elemento fundamental de su *politeia* monástica, que, al menos en una fase inicial, incluía muchas variantes. Pero parece que entre los semianacoretas se generalizó la tradición de los «doce salmos» de día y de noche, cuyo origen, como he señalado, se atribuyó a la conocida *Regla del Ángel* inspirada a Pacomio. En este caso el simbolismo del doce y consecuentemente del veinticuatro aparece claro: se trataba de ocupar todas las horas del día, tal como intentará después en Siria Alejandro el Acemeta.

Las interpretaciones de la tradición pacomiana han sido analizadas en profundidad por A. Veilleux cuyas conclusiones reproduzco: «Los anacoretas o semianacoretas del Bajo Egipto tenían la costumbre de fijarse un número determinado de “plegarias” a recitar a lo largo del día y de la noche. Era esta su forma de cumplir la plegaria continua o de fijar su ritmo. Muy pronto se impuso un determinado número en los desiertos de Nitria y de Escete, el de doce: en efecto, nada más natural que orar en cada una de las horas del día y de la noche. Estas plegarias, que habían sido sin duda al comienzo muy espontáneas, tomaron después una forma más fija y fueron acompañadas de un número igual de salmos»²⁰. Es de estas oraciones recitadas con los salmos a lo largo de todo el día y toda la noche de las que habla la Regla de Ángel incorporada por Paladio en su *Historia Lausiaca*. Sin embargo, poco a poco, las veinticuatro plegarias fueron agrupadas en dos series de doce recitaciones, una por la mañana, otra por la noche, bien en privado, bien en comunidad con otros hermanos. Así surgió una forma particular de las dos plegarias en ciertos medios monásticos, la de la ma-

¹⁷ Paladio, *Historia Lausiaca*, 17.10.

¹⁸ *Ibid.*, 38.10.

¹⁹ *Ibid.*, 19.6.

²⁰ Veilleux 1968, 339.